

## TSUNAMI, EL ÚLTIMO DE LOS TITANES

Modesto Ortiz Figueroa

ortizf@cicese.mx

División de Oceanología, CICESE, Ensenada, Baja California

En la mitología griega, los Titanes eran una raza de poderosos dioses que gobernaban durante la edad dorada. Tras una legendaria lucha fueron vencidos por Zeus y la mayoría de ellos fueron encarcelados en el Tártaro, la región más profunda del inframundo. Pero uno de ellos, el hijo secreto de Tetis, se mantuvo oculto por milenios ante los ojos de los humanos. Su poder se engrandecía en el secreto de su existencia. Todo aquel que de cerca lo veía no vivía para contarle y los testimonios de aquellos que sobrevivían se perdían en las leyendas. Poblados chicos y grandes, ciudades, y hasta civilizaciones enteras desaparecieron de la franja costera bajo el manto del Titán. Nombre común no tenía y actuaba a la sombra del terremoto cuando por sus vidas corrían bestias y humanos en medio de la tragedia. En algunos lugares se hablaba del maremoto, en otros, de la ola verde. El Titán también se ensañaba en el otro continente y con llanto en los ojos –Tsunami– gritaban en el oriente.

Guiados por la fortuna se asestó el primer golpe crucial cuando un puñado de eruditos en congreso internacional nombraron en común al Titán. Su furia no se hizo esperar y en el año de 1960 azotó al sur de Chile tras un terremoto brutal. Veloz como el rayo y sigiloso como la muerte misma, arrasó con Japón y a su paso con Hawaii, mostrando en todo el océano su poder descomunal. Ante tal desolación un poeta lo describió como tal:

*“...en la memoria del puerto hay ese descalabro, ese estremecerse de las tierras que tiemblan y el ruido ronco que llega de la profundidad, como si una ciudad subterránea echara a redoblar sus campanarios enterrados para decir al hombre que todo terminó. A veces, cuando ya rodaron los muros y los techos entre el polvo y las llamas, entre los gritos y el silencio, cuando ya todo parecía definitivamente quieto en la muerte, salió el mar, como el último espanto, la gran ola, la inmensa mano verde que, alta y amenazante, sube como una torre de venganza barriando la vida que quedaba a su alcance”...*

Pablo Neruda “Confieso que he vivido”.

La visión del poeta enfadó tanto al Titán que el viernes santo de 1964 impuso penitencia a la humanidad descargando su furia en Alaska, y otra vez, a su paso, en Hawaii.

Al acecho, tras terremotos, causó muchos daños en sigilo total. No contaba con la tenacidad de los menos, que siguiéndole el paso por el Cinturón de Fuego del Pacífico, por el Índico, y por las islas Andamán, reconstruían su imagen para poderlo estudiar. Con modelos matemáticos y evidencia singular, mostraron su existencia a toda la humanidad. El síndrome de Casandra no se hizo esperar, los menos fueron castigados con la indiferencia global.

Confiado en su anonimato atacó el 2004 a Sumatra y Andamán, cobrando cientos de miles de vidas y hasta se dejó retratar. La prensa mundial logró más que los menos y por vez primera la humanidad entera tomó conciencia de su existencia. Sistemas de alerta y ciudades amuralladas cantaron victoria y relajaron su andar, dejando de señalar los lugares vulnerables en donde pudiera atacar. Tan astuto es el Titán, que burlando la vigilancia, al amparo de la penumbra, antes del amanecer, repitió el golpe en Chile el 2010, y a plena luz del día el 2011 atacó a Japón sin piedad matando a miles y causando un desastre nuclear ¡Qué descuido, a plena luz del día se reveló a los humanos en la TV mundial!

Defendernos sí podemos, ahora le conocemos su andar. Señalemos con prudencia la vulnerabilidad. Cuando el terremoto lo venga a delatar, apresuremos el paso para poder escapar.

¡La memoria de las víctimas de los tsunamis no debemos olvidar, los lugares vulnerables debemos señalar!

Marzo, 2011